

tenia que desempeñar, y acercándose á Miguel con el sombrero en la mano, le dijo:

—¿Le parece á su merced que parta á ver en el acto á D. Enrique, para avisarle de que dentro de pocos dias deberá llegar D. Fernando con su hermana?

—Sí, cumple con ese encargo que tanto me recomendó, diciéndole que tenga dispuesta y arreglada la casa de la plazuela de San Fernando.

El fiel indio partió sin detenerse, mientras Miguel, rodeado de sus primas, acariciaba en su mente mil risueñas ideas que le hacian olvidar sus pasados trabajos.

CAPITULO XXIV.

Un combate á muerte.

Juana entraba desconsolada en casa de sus amos. No habia encontrado á Enrique, y esto la tenia inquieta y pesarosa.

Entretanto, Pedro, recatado el rostro con la manta, y metido el sombrero de anchas alas hasta las cejas, atravesaba con paso rápido, la lúgubre plazuela de Loreto, como el cazador que trata de sorprender al tigre en su cueva.

Al llegar á la esquina del vasto colegio de las Inditas, se detuvo un momento meditando si seria mas conveniente continuar derecho, ó rodear por la calle de San Pedro

y San Pablo, por donde tal vez volvería Enrique.

Apoyado aquel hombre á una de las vestustas y derruidas paredes del lúgubre edificio; fijos los ojos en uno de los costados del magestuoso templo de Loreto que, inclinado visiblemente hácia un lado, amenaza caer á cada instante sobre el abandonado y ya referido colegio de las Inditas; quieto en una calle estrecha y solitaria, cubierta siempre de agua estancada y corrompida; metido el sombrero de anchas alas hasta las cejas, como dejamos dicho: envuelto en su *forongo* é irresoluto sobre el rumbo que debía tomar, parecía el génio del mal esperando en las sombras al sér maléfico que le habia evocado.

Pedro se detuvo otro instante; pero al fin se decidió por el camino mas corto, y continuó su marcha por la calle de las Inditas, hasta llegar á la casa del curato de la parroquia de San Sebastian, que se encuentra en la esquina de la plazuela del mismo nombre.

Pedro hizo alto de repente, miró en torno

suyo, y persuadido de que nadie le observaba, se fué acercando poco á poco á su casa, procurando no hacer ruido con el calzado.

La puerta estaba cerrada; pero por la rendija de ella se dejaba ver el resplandor de la luz que dentro ardía: dominado por el negro sentimiento de los zelos, quiso cerciorarse de si estaba Pilar sola, y acercó los ojos á la cerradura, pero estaba puesta la llave y nada vió: entonces aplicó el oído, y escuchó la voz de su mujer y la de un hombre, aunque no se podian percibir las palabras.

—¡Está ahí dentro!...—dijo interiormente haciendo esfuerzos inauditos para contenerse.—¡Ah!... ¡no me engañaba Rossi!... Pero ellos no contaban con que yo les sorprenderia; no veian en sus coloquios de amor, la punta del puñal que ha de atravesar sus pérfidos corazones.

Y Pedro sacó de la faja una aguda navaja que la empuñó con pujante mano.

Se dispuso á entrar para caer sobre su contrario; pero se detuvo de repente, me-

ditando que era mas conveniente esperar á que saliera, y quitarle la vida en medio de las tinieblas de la desierta plazuela.

—Así logro mi venganza—pensó—y evito que la justicia me persiga; despues.... ella desaparecerá.

Adoptado este plan como el menos comprometido y el mas seguro, se apartó de la puerta sin hacer el mas leve ruido con los piés, y se retiró á la de la accesoria contigua.

El sitio no podia ser mas á propósito para cometer un crimen.

La plazuela de San Sebastian es un inmenso terreno sin empedrar y sin alumbrado, á donde la mano del ayuntamiento jamas ha dejado sentir su benéfico influjo.

Miserables casuchas de adobe, cuyas puertas están cerradas desde el toque de oracion, la circundan por el lado de la calle de las *Inditas*: un poco mas allá está la llamada *Casa de la Beata*, que no deja ver mas que un largo paredon con una desvenecijada puerta en un ángulo de la plazuela, que conduce á un inculto campo, sucio y

abandonado, con algunas chozas, por donde puede huir cualquier criminal sin temor de que la justicia le dé alcance.

En frente, y en el sitio llamado la *Rinconada*, por formarla la irregularidad de la plazuela, se descubre una gran fábrica, pero casi inhabitada y en estado de ruina en muchas partes.

Otras casas, de aspecto lúgubre, con antiguos balcones de fierro, descascaradas las paredes y presentando un conjunto ruinoso y desagradable, acaban de constituir la expresada *Rinconada*, que, como he dicho, forma parte de la plazuela.

Un vasto edificio de piedra, pintado de rojo, con inseguras puertas, viejos balcones y ruinosos techos, se levanta frontero al humilde campo-santo que, contiguo á la iglesia contribuye á aumentar la lobreguez de aquel solitario sitio.

Terminado el edificio colorado de que acabamos de hacer mencion, se encuentra el prolongado callejon de *Los Cantaritos*, que conduce á otros sucios y tortuosos que terminan con la *Quinta*, campo extenso con

castichas arruinadas, que sirve para dar libre paso á los que huyen de la justicia.

En medio de esta plazuela se descubre una abundante fuente en forma de estanque circular, sin chorros ni adornos de ninguna naturaleza.

Nada, pues, mas á propósito para realizar el plan sangriento que se habia propuesto Pedro, que aquel abandonado sitio.

Hemos dicho, que despues de cerciorarse de que dentro de su casa habia un hombre con Pilar, se retiró sobre las puntas de los piés para no hacer ruido, y que se acercó á la accesoria contigua.

Pues bien; allí, adherido por decirlo así á la puerta, y de pié en el dintel, esperaba impaciente y en silencio la salida de su odioso rival.

La noche favorecía sus miras.

El cielo estaba cubierto de oscuros nubarrones.

Ni una estrella brillaba en el firmamento.

Ni una persona transitaba por la lúgubre plazuela.

Las puertas de las casas y de las accesorias estaban cerradas.

El alumbrado solo llegaba hasta la calle del Cármen, y por lo mismo, las sombras envolvian todo aquel recinto elegido para quitar la existencia á un hombre.

Ni el mas leve ruido venia á interrumpir el imponente silencio que reinaba en la oscura plazuela.

Solo de rato en rato se escuchaba el fatídico aleteo de un enorme zopilote (1) que, parado en la cúspide de la torre de la iglesia, parecia el misterioso testigo, puesto por la Providencia para descubrir un crimen en la terrible hora de la eterna justicia.

De repente se oyó abrir nuevamente la puerta de una accesoria.

Pedro echó mano al puñal, y se arrimó mas y mas á la puerta en que estaba, para no ser visto.

Un hombre apareció en la accesoria de

(1) Zopilote es un pájaro de México, especie de grajo muy grande, negro y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

Pedro, dispuesto á salir, y embozado en una hermosa capa.

La claridad de la luz de la pieza brilló un momento sobre él.

Pedro sintió agolpársele al corazon toda la sangre de los zelos.

El embozado salió sin sospechar en nada.

La puerta se cerró en el acto.

La plazuela volvió á quedar en la mayor oscuridad.

El hombre pareció reflexionar el rumbo que debia seguir, y Pedro acarició la cortante arma en su forzada mano.

El embozado, por fin, tomó hácia la calle del Cármen, y empezó á cruzar la ancha plazuela.

Pedro abandonó el sitio en que estaba, y apresuró el paso para alcanzarle, pero procurando no hacer ruido para sorprenderle.

El embozado parecia caminar preocupado con una idea.

Pedro se acercó á él sin ser notado.

Entonces alzó el puñal para herirle por la espalda; pero á la sombra dibujada por el brazo, volvió el embozado la cabeza, y

dió un salto hácia atras, sacando á la vez una pistola.

Los dos contrarios se encontraron entonces frente á frente, pero sin que la oscuridad les permitiese conocerse.

Pedro queria deshacerse de su rival.

El embozado se creyó acometido por un ladron.

El primero, al ver fallido su plan, se arrojó sobre el otro con la prontitud del relámpago, antes de dar tiempo á que se defendiera; pero el acometido, que era hombre de corazon, burló el golpe con la capa, y disparó su pistola, cuya bala pasó rozando el carrillo de Pedro, pero sin causarle ningun daño,

Entonces creyó seguro su triunfo el esposo de Pilar, juzgando desarmado al de la capa; pero se equivocó. La pistola era de puñal, y al salvarse del tiro, se encontró con que tenia que habérselas con un contrario sereno, que se dispuso á vender cara su vida.

La lucha entonces se hizo terrible.

Pedro, acostumbrado á aquella clase de

combates, recogida la manga en el brazo izquierdo y blandiendo en la diestra el mortífero hierro, acometía á su contrario, que apenas tenia tiempo para parar los continuados golpes.

Su contrario, á su vez, aunque menos diestro, se arrojaba impávido sobre su acometedor, dirigiendo siempre con ojo cierto sus terribles golpes al pecho.

Pero Pedro, con la ligereza de la pante-
ra daba un salto hácia atrás, ó á los lados, y no bien acababa de burlar la furia de su enemigo, cuando ya estaba sobre él sin darle tiempo á reparar los tiros.

La capa del asaltado estaba cruzada de puñaladas, mientras la manta de Pedro aun no habia sentido el arma de su antagonista.

Pero no era á la capa á la que Pedro queria destrozar, sino al que la llevaba.

Sin embargo, esto no era tan fácil como al principio habia creído.

El brazo de aquel hombre era una columna de hierro, colocado siempre horizontalmente, como el único medio que le restaba de defensa.

Pedro meditó la manera de apartar por un momento aquella columna que le impedía acercarse.

El acometido por su parte, conociendo que mantener por mas tiempo una lucha con una arma en que se consideraba muy inferior, no era valor sino temeridad, empezó á retirarse hácia la calle de S. Sebastian, en cuya esquina brillaba la luz de una tienda, pero sin volver la espalda á su contrario, sino presentándole siempre su temible brazo armado.

Sin embargo, la plazuela era grande, y largo el trecho que mediaba entre la esquina en que brillaba la luz y el sitio de la lucha.

Pedro comprendió la intencion de su antagonista, y se propuso terminar el combate antes de darle tiempo á que consiguiera su objeto.

Resuelto á matarle, empezó á girar al rededor de su contrario, con una velocidad en los golpes y en los movimientos, que éste no pudo seguir por mucho tiempo. Pe-

dro, al verle desconcertado, le acometió sin darle tiempo á nada, y le hirió profundamente en el brazo.

A la vista de la sangre, se enfureció el herido, y lejos de pensar ya en retirarse, arremetió contra Pedro con el furor de un tigre, descargando sobre él tan furibundo golpe, que, á no ser por la prontitud con que lo paró con la manta, le hubiera sin duda, atravesado el corazón.

Nadie parecía por la solitaria plazuela, y los dos combatientes, sin pronunciar una palabra, luchaban en medio de la oscuridad, dejando solo percibir la violenta respiración de sus agitados pechos.

El de la capa que, como hemos dicho, conoció la superioridad de su contrario en el manejo de aquella arma, cambió de táctica, y resolvió, confiado en su fuerza, esperarle á pié firme, y abrazarse con él para desarmarle.

Pero la empresa era mas peligrosa de lo que al pronto habia creído.

Pedro reunia á la ligereza del leopardo la fuerza del leon, y cuando su contrario

trató de sujetarle con la mano izquierda por el brazo, descargó tan certero golpe sobre él, que el de la capa cayó á tierra herido mortalmente, pero sin exhalar ni un gemido, ni una exclamacion.

Pedro, lejos de huir, quedó de pié á pocos pasos de él, satisfecho de su venganza.

Los ojos del herido brillaron en la oscuridad, fijándose iracundos en el hombre que tan encarnizado habia estado con él.

—¡Me has muerto!.... ¡infame!....—exclamó con entrecortada y moribunda voz el herido.—Pero.... te perdono.... Solo te pido un favor. Aquí, en el bolsillo, tengo unos papeles.... importantes....

—¡Las cartas de ella!

Pensó interiormente Pedro, conteniendo su ira.

—Acércate.... y sabrás....

Pedro se adelantó frenético, para manifestarse á su contrario, que no le habia conocido, y aterrarle con su presencia.

El herido le vió acercarse, y asomó á sus labios una sonrisa de satisfaccion.

Los hombres que habian suspendido la conversacion al aproximarse Enrique, se quedaron quietos, observando el rumbo que tomaba.

—Como me lo supuse:—dijo el que les habia dicho que guardasen silencio:—á casa de mi comadre.

—Irá á consolarla, D. Encarnacion.

—Valedores—dijo éste;—yo sospecho de ese hombre.

—¡Cómo!

—¡No era enemigo de Rossi?

—Cierto.

—¡No era rival de mi compadre Pedro?

—Sin duda.

—Pues el enemigo y el rival han perecido en medio de una plazuela solitaria: ¿se han matado ellos, ó los han matado? Yo no creo lo primero, porque eran muy amigos; así es que debe ser lo segundo, y la presencia de este hombre en este sitio, y á esta hora, hacen que mis sospechas recaigan sobre él.

—Pero ¿cómo se habia de atrever á luchar contra dos?

—Pues entonces....

—¿No hay bribones que sirven á ricos, y que ejecutan por oro cuanto se les ordena.

—Eso es verdad.

—Pues hé ahí lo que yo creo que ha mandado hacer ese, para librarse de dos personas que le hacian sombra.

—Empiezo á ser de tu opinion,

Contestó uno.

—Y yo.

Añadió otro.

—Y nosotros.

Agregaron los demas.

—¿No seria bueno, dijo el primero, comunicar al alcalde nuestro pensamiento?

—Voy á hacerlo ahora mismo.

Contestó D. Encarnacion, y se acercó á la autoridad.

Entretanto, los cadáveres fueron colocados en dos camillas, y conducidos inmediatamente á la Diputacion.

El compadre de Pedro se llegó al alcalde, le suplicó que le escuchase, y empezó á comunicarle las sospechas que abrigaba contra Enrique.

Este, bien ageno de pensar que era blanco de una acusación infame, penetró en la vivienda de Pilar, á quien encontró rodeada de multitud de vecinas que trataban de consolarla.

La infeliz, al verle, marchó á su encuentro con ese placer que sentimos al ver en nuestras grandes aficciones á un verdadero amigo que toma parte en nuestras desventuras.

—¡Ah! D. Enrique....—Exclamó Pilar derramando un torrente de lágrimas—la desgracia me reservaba su mas funesto golpe.... ¡Pedro ha muerto....!

Y la desdichada jóven, sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer sobre una silla con el mayor abatimiento.

—No hay que entregarse de esa manera al dolor;—dijo Enrique tratando de consolarla:—es preciso hacer un esfuerzo para no dejarnos dominar por la desesperacion.

—¡He vuelto á quedar sola en el mundo!

—No: la Providencia que le acaba de quitar un esposo, le prepara en este instante una de las satisfacciones mayores á que

puede aspirar su corazón: al lado de una gran desgracia, colóca Dios á las almas justas una ventura inmensa.

—¡Ah! la mia está muy lejos de contarse en ese número, y por eso le toca sufrir y padecer continuamente.

Exclamó Pilar con un acento de resignacion y de tristeza que ponía de relieve sus sentimientos religiosos.

—Yo tengo motivos para estar persuadido de lo contrario, puesto que soy portador de una noticia la mas grata que se puede comunicar á una buena hija.

—¡Cómo....!

Exclamó Pilar con la mayor ansiedad, retratándose en su semblante una expresion de alegría indefinible.

—Hace tiempo que indiqué á vd. el feliz encuentro que tuve con su padre en Tampico.

—¡Ah!.... ¿Tiene vd. noticias de él...?

Preguntó la jóven, brillando en sus azules ojos y al través de las lágrimas suspendidas de sus largas pestañas, un limpio rayo de esperanza.